

en el Misal; el mayor se coloca en medio, delante del tabernáculo, el segundo á la izquierda, y el tercero á la derecha; segun la antigua costumbre el altar se levanta hácia el Oriente, á fin de que los fieles al orar vean la salida del sol, imágen del Sol verdadero, cuya luz despues de haber desvanecido las tinieblas del Gentilismo, ilumina á todos los hombres que vienen á este mundo<sup>1</sup>.

En medio del altar está situado el tabernáculo, en el que se conserva la santa Eucaristía; al hablar de la Comunión en la parte II del Catecismo hemos explicado la forma de los antiguos tabernáculos. La costumbre de guardar el santísimo Sacramento en un tabernáculo colocado en el centro del altar, bajo el pié de la cruz, data de grande antigüedad<sup>2</sup>; y la sola palabra tabernáculo recuerda muchas y bellas tradiciones: el desierto del Sinai, el maná, Aaron y sus levitas, todas las maravillas realizadas en favor de la antigua Iglesia hace mas de tres mil años, están reunidas en esta sola expresion; en el dia entraña recuerdos mas sublimes aun: la cena, el Calvario, la vida del Redentor en la tierra, su presencia perpetua entre los hijos de los hombres. ¿Sabeis, por ventura, una palabra mas rica y fecunda?

El tabernáculo remata en una gran cruz, que muchos siglos han visto, que muchas generaciones han adorado en el mismo lugar; su objeto es recordarnos que el sacrificio de nuestros altares es la continuacion del sacrificio del Calvario, y enseñarnos que solo á Dios se dirige, y no á los Santos ni á los Mártires, este acto supremo de religion. Durante la misa arden tres cirios ó á lo menos uno en cada lado para honrar el signo de la redencion y recordar las Catacumbas. La Religion, la historia, la antigüedad, cuanto contribuye mas á elevar el alma, á conmover el corazon y á arrobar los sentidos, se encuentra reunido en un altar católico; y si para el indiferente estúpido el altar no es mas que una piedra, para el sabio y sobre todo para el cristiano es el mas elocuente de todos los libros, que explicarian apenas tomos enteros de comentarios. ¡Hijos de los hombres! ¿hasta cuándo tendréis ojos para no ver?

#### ORACION.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por vuestra solicitud en instruirme multiplicando los ornamentos y los sagrados distintivos de la Religion; abrid mi corazon y mi mente á tan santas lecciones.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, daré gracias á Dios por haber establecido las augustas ceremonias de la Religion.

<sup>1</sup> Tertul. *adv. Valent.* c. 3.

<sup>2</sup> Véase á Burchard, lib. V *Decret.* c. 9.

## LECCION XIV.

### EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

Vasos sagrados. — Cáliz. — Patena. — Copon. — Viril. — Bendicion del agua antes de la misa del domingo. — Aspersión del agua bendita.

I. Vasos sagrados. — Si los ornamentos de los ministros y del altar están llenos de recuerdos y de lecciones, no ofrecen los vasos sagrados menor interés para la piadosa curiosidad del sabio y del fiel; primeramente, su consagracion, su brillo y su riqueza nos recuerdan nuestra consagracion al Señor y la santidad que en nosotros exige, pues no somos mas que vasos sagrados, siendo de nuestro deber conservarnos mucho mas santos y mas puros que los vasos destinados al altar, puesto que el Dios tres veces santo, cuyo adorable cuerpo toca sencillamente los cálices y copones, se incorpora en nosotros. Los principales vasos sagrados son: el cáliz, la patena, el copon y el viril.

El cáliz es tan antiguo como el Cristianismo, pues Nuestro Señor consagró su divina sangre en una copa y en la misma la dió á beber á sus Apóstoles. El cáliz era un vaso de que se servian los Judíos en sus comidas, y todos se servian del mismo y lo hacian pasar de mano en mano, en señal de amistad; costumbre que como un símbolo de fraternidad existe aun en muchos pueblos del antiguo y del nuevo mundo. En los primeros siglos, cuando nuestros padres solo eran ricos de su pobreza y de sus virtudes, los cálices eran de vidrio, de cobre, ó de cualquier otro metal menos precioso; mas luego que sus recursos lo permitieron, los cálices, lo mismo que los demás vasos sagrados, fueron de oro y de plata, y el papa Ceferino, que fué electo en el año 203, prohibió que en adelante se hiciesen de otro metal alguno<sup>1</sup>. En el dia la Iglesia exige que los cálices sean de plata, la copa al menos, y que estén dorados por su parte interior; por respeto hácia el cuerpo y la sangre de Nuestro Señor Jesucristo, se consagran los vasos que sirven en el altar, consagracion que data de la mas remota antigüedad<sup>2</sup>.

En la época en que todo el pueblo comulgaba bajo la especie de

<sup>1</sup> Durantus, lib. 1, c. 7. Esta fecha es muy interesante para fijar la época á que pertenecen las copas eucarísticas de vidrio halladas en las Catacumbas. Véase nuestra *Historia de las Catacumbas*.

<sup>2</sup> Orden romano.



vino, los cálices eran mucho mayores que actualmente: cítase entre otros el que dió Carlomagno á la iglesia de Aquisgran, que pesaba diez y ocho libras; estos cálices tenían por lo regular dos asas á fin de poderlos trasladar mas fácilmente de una parte á otra; sin embargo de que se cree que el pueblo no tomaba la preciosa sangre del cáliz principal, sino de otros mas pequeños, donde se ponía parte de la sangre del Salvador, consagrada en el altar y en el cáliz principal<sup>1</sup>, y en estos mismos cálices particulares ofrecía el pueblo el vino y el agua que debían ser consagrados<sup>2</sup>, en cuyo uso han sido reemplazados por las vinajeras. La santidad de los vasos destinados al altar no impidió que los obispos mas piadosos é ilustrados, tales como san Ambrosio en Milan, san Agustín en Hipona, Deogracias en Cartago, los enajenasen para socorrer á los pobres y rescatar cautivos, dando en estas ocasiones lo menos por lo mas<sup>3</sup>.

La patena es un platillo de oro ó de plata dorada en el cual se deposita el pan que debe ser consagrado: en los bellos dias de la Iglesia, cuando todos los que asistian á la misa tenían la dicha de recibir la santa Eucaristía, los fieles presentaban en ofrenda el pan que debía ser convertido en cuerpo de Jesucristo, ofrendas que eran colocadas en la patena y depositadas en el altar; por consiguiente eran las patenas mayores que actualmente, y es indudable que no habia una sola, sino muchas; además el sacerdote se servía de ella para romper el pan y distribuirlo mas cómodamente. En el dia la patena solo es útil al sacerdote para depositar en ella la hostia que debe consagrar en el santo sacrificio, pues abolida la costumbre de la ofrenda, y siendo mucho menos considerable, por desgracia, el número de los que reciben la sagrada Comunión, empléanse para distribuir la Eucaristía los copones donde se guardan las especies consagradas.

El copon, cuya forma es la de un cáliz cubierto, debe ser de plata y estar dorado en su interior; antiguamente guardábase este precioso vaso en una torre ó en una paloma de plata suspendida sobre el altar, mas en el dia está depositado en el tabernáculo. El copon recuerda naturalmente el arca de la alianza del pueblo de Isreel, en la que estaba encerrado el maná, símbolo de la Eucaristía; pero en cuanto es superior la realidad á la imágen, en tanto lo es el arca de la alianza de la nueva ley á la de la antigua, con lo cual hemos dicho el gran respeto que por ella debemos sentir. Cerca del tabernáculo ó frente el altar está suspendida una lámpara encendida de noche y de dia, para decirnos que Jesucristo, luz eterna del mundo, está pre-

<sup>1</sup> Estos cálices eran conocidos con el nombre de *ministeriales*.

<sup>2</sup> *Amula* ó *hame*.

<sup>3</sup> Algunos autores pretenden que los vasos vendidos por los santos Obispos no eran ni copones ni cálices, sino otros pertenecientes á la Iglesia; mas ignoro en qué descansa semejante opinion.

sente en nuestros altares, que espera nuestras adoraciones, y que nuestra vida debe brillar ante él como una luz por la santidad de nuestras obras.

En el tabernáculo se coloca igualmente el viril, el cual, construida en forma de gloria ó de sol, nos recuerda por su forma el verdadero Sol cuyo resplandor iluminó el mundo. Cuando, prosternados al pié de los altares, vemos aparecer el viril, ¡cuántos y cuántos sentimientos deben agitar nuestra alma al recordar los pueblos para quienes no ha brillado todavía el divino Sol, y el mundo entero antes de que este Sol saliese para él!

El viril no es tan antiguo como los demás vasos sagrados, y su origen data de los tiempos en que la impiedad y el error atacaron el dogma fundamental de la presencia real: atenta siempre la Iglesia á las necesidades de sus hijos, protestó contra la blasfemia y la herejía, y estableciendo la solemne fiesta del santísimo Sacramento proporcionó ocasion á las almas cristianas de manifestar su fe y de tributar á su divino Esposo, prisionero de su amor en nuestros tabernáculos, la adoracion y el homenaje que merece. Antiguamente limitábase en la misa, despues del Cónon, á elevar un poco á la vista de los fieles el cuerpo y la sangre de Jesucristo, diciendo: *Omnis honor et gloria; Perteneente todo honor y toda gloria*; mas despues de la herejía de Berengario, procedióse solemnemente á elevar las santas especies luego despues de las palabras de la consagracion; en el interior de la iglesia, los asistentes se prosternaban para adorar, y la campana anunciaba, como lo anuncia en el dia, á los que no habian podido asistir al sacrificio, que el Hijo de Dios acababa de descender al altar, y que debían ofrecerle sus respetos y oraciones.

En la misma época hiciéronse exteriormente procesiones en las que se llevaba con toda pompa el augusto Sacramento; en la iglesia y en altares levantados fuera de ella se bendijo al pueblo con la santa hostia; y si bien primeramente se llevaba encerrada en una bolsa, como se practica todavía en la comunión de los enfermos distantes de la iglesia, sin embargo, para exponer al Salvador con mas decencia y pompa á las adoraciones de los fieles, construyéronse unos tabernáculos portátiles, á los que se dió el nombre de *melquisedechs*, y que nosotros llamamos *viriles*; su forma y dimension variaban infinitamente, y muchos representaban una torre trasparente, emblema rico en ideas cristianas y en venerables recuerdos, como hemos explicado al hablar de la Comunión. Los viriles eran de oro ó de plata dorada, y frecuentemente estaban enriquecidos con piedras preciosas; en el dia la gloria debe ser á lo menos de plata, y el círculo que sostiene y abraza la santa hostia debe ser dorado<sup>4</sup>.

<sup>4</sup> Thiers, *Exposicion del santísimo Sacramento*, lib. II, c. 1, *sub fine*; *Historia*



II. Bendición del agua. — Acabamos de explicar todos los preparativos del solemne sacrificio; el sacerdote con sus ornamentos, y el altar con sus adornos y vasos sagrados nos son conocidos; de modo que si fuese un día ordinario acompañaríamos inmediatamente el ministro santo al altar, pero no debe perderse de vista que estamos explicando las ceremonias del domingo, en cuyo día va precedida la misa de la bendición del agua y de la procesion. La bendición del agua forma parte de las bendiciones generales de la Iglesia, y establecióse por igual razon que estas; como las demás contiene la historia toda del género humano, y nos refiere la creacion del hombre y del mundo en un estado perfecto, la degradacion del hombre, la victoria del demonio sobre él y sobre las demás criaturas á quienes llena de malignas influencias, y la rehabilitacion ó la santificación de todas las cosas por Jesucristo.

La bendición del agua data, como las demás, de los tiempos apostólicos<sup>1</sup>; san Pablo la ordenó con estas absolutas palabras: *Porque toda criatura se santifica por la palabra de Dios y por la oracion*<sup>2</sup>; y hablando del agua en particular dice san Cipriano: « Es preciso que » el agua sea purificada y santificada por el presbítero<sup>3</sup>. » La costumbre de bendecir el agua cada domingo antes de la misa es antiquísima, é indudablemente tiene relacion con la que tenian los primeros cristianos de lavarse las manos y el rostro con agua bendita á fin de purificarse al entrar en la iglesia<sup>4</sup>. ¿Cuál es, pues, el fin que se propone la Iglesia al bendecir el agua y al rociar con ella á los fieles? Madre tierna y solícita, quiere recordar á sus hijos su caida y su redencion; purificarles y darles toda la santidad necesaria para asistir dignamente á los tremendos misterios, y preservarles finalmente de todo cuanto pudiese mancharles y dañarles, con cuyas miras une á sus oraciones los signos mas conducentes para manifestar el objeto que se propone.

Una de las circunstancias del agua es lavar; al paso que la sal preserva de la corrupcion, siendo ambas sustancias mezcladas un simbolo de pureza y de inocencia; tal es la doble materia de que se compone el agua bendita. Revestida la Iglesia de igual poder que su divino Esposo, el cual es omnipotente así en el cielo como en la tierra, ordena á sus ministros que sustraigan aquellas dos criaturas, es decir, el agua y la sal, del poder del demonio, y que las conviertan en útiles al hombre, dándoles por medio de la santificación su pri-

*de los Sacramentos*, t. XI, pág. 296; Mr. Thirat, *Espiritu de las ceremonias*, pág. 244.

<sup>1</sup> S. Basil. *De Spiritu Sancto*, c. 27.

<sup>2</sup> Omnis creatura... sanctificatur per verbum Dei et orationem. (*I Tim. iv, 4, 5.*)

<sup>3</sup> Epist. LXX.

<sup>4</sup> Microlog. c. 41.

mitivo destino, siendo esta la causa porque el sacerdote exorciza el agua y la sal.

Exorcizar equivale á conjurar y mandar, de modo que es una palabra que solo conviene á los que hablan con autoridad suprema: en idioma eclesiástico exorcizar significa conjurar al demonio, lanzarle, prohibirle que dañe; así es que exorcizar el agua y la sal es lo mismo que decir que el presbítero manda al demonio de parte de Dios, y por los méritos de la cruz de Jesucristo, que deje libres aquellas dos criaturas, y que jamás se sirva de ellas para dañar á los hombres, de modo que sean útiles en adelante para nuestra salvacion. Este es el sentido de todos los exorcismos de que son objeto las criaturas inanimadas, pues si bien el exorcista se dirige á ellas, sus mandatos se dirigen al demonio, así como el divino anatema despues del pecado de nuestros primeros padres cayó sobre el demonio, á pesar de que Dios hablase solo con la serpiente. Finalmente, que las criaturas están viciadas, que el demonio ejerce en ellas un grande imperio, que necesitan ser santificadas, son verdades de fe católica cuyas pruebas hemos aducido ya al hablar de las bendiciones en general.

Así pues, el domingo antes de la misa, el presbítero, representante del que crió los elementos, del que durante su vida mortal mandó á las criaturas inanimadas, al mar, á los vientos y á las tempestades, del que tantas veces lanzó el demonio de los posesos, se reviste de una sobrepelliz y de una estola, y precedido de dos acólitos, uno de los cuales lleva un cirio encendido y el otro un poco de sal y el hisopo, se dirige hácia la pila del agua bendita; en algunas diócesis bendícese el agua en la sacristía, en otras en el altar, en el coro ó en la nave, cuya última costumbre es mas conforme con la antigüedad y parece causar cierta satisfaccion al pueblo<sup>4</sup>.

El sacerdote empieza pidiendo á Dios su asistencia, diciendo: *Adjutorium nostrum: Toda nuestra fuerza está en el nombre del Señor*; y los fieles, representados por el acólito, contestan: *Qui fecit*, etc.: *Que crió el cielo y la tierra*. Decidme, ¿puede la Iglesia cifrar mejor su confianza? Luego, extendiendo la mano sobre la sal, en signo de mando y para manifestar que obra en nombre del Todopoderoso, el presbítero continúa así: « Sal, criatura de Dios, tē exorcizo en nombre del Dios vivo ☩, del Dios verdadero ☩, del Dios santo ☩, del Dios que por medio del profeta Eliseo te hizo arrojar á las aguas » para hacerlas salubres, á fin de que seas para los fieles una fuente » de salud, y de que procures á cuantos gusten de tí la salud del alma y la salud del cuerpo; huya el espíritu inmundo, desvanécese » su astucia y su malicia en todos los lugares en que seas derramada,

<sup>4</sup> Lebrun, pág. 58.



» y esto en nombre de aquel que vendrá á juzgar á los vivos y á los  
» muertos, y al mundo por el fuego. »

Libre la sal de las malignas influencias del demonio, solo resta al sacerdote suplicar al Señor que tome posesion de su criatura, que la bendiga de nuevo y que la haga útil al género humano: para obtener esta gracia, invita á todos los fieles á unir sus preces á las suyas; *Oremos*, dice, y continúa de esta manera: « Dios eterno y todopoderoso, humildemente imploramos vuestra soberana clemencia; dignaos en vuestra misericordia bendecir ✠ y santificar ✠ esta sal que criásteis para el uso del género humano; haced que dé á cuantos usen de ella la salud de su alma y de su cuerpo, y que todo lo que sea tocado y rociado con la misma quede preservado de toda impureza y de todo ataque del espíritu de malicia. Por Jesucristo Señor nuestro, que vive y reina con Vos en union del Espíritu Santo, en todos los siglos de los siglos. » Y todos, por boca del acólito, contestan: Así sea: *Amen*.

Hé aquí, pues, la sal purificada; purificada, sí, es decir, vuelta á su primitivo destino, que no era otro que ser útil al hombre, y procurar al mismo tiempo que su utilidad la gloria del Criador; sí, así es, por mas que diga la impiedad ó la ligereza mundana; y si lo duda, conteste á las siguientes preguntas: ¿Es cierto que las criaturas están viciadas y sujetas al demonio, el cual se sirve de ellas para dañar y tentar al hombre? ¿es cierto que puede Dios purificarlas y sustraerlas á la influencia del demonio? ¿es cierto que lo quiere? ¿es cierto que puede y quiere comunicar su poder á hombres elegidos? ¿es cierto que se lo ha comunicado? ¿es cierto que lo ha dicho? Contestar afirmativamente á estas preguntas, es ser *católico*; hacerlo negativamente, es abjurar el sentido comun, es ir contra el género humano; y ¿quién sois, pregunto yo, para arrogaros semejante derecho y decir: Yo solo soy sabio, yo solo soy ilustrado entre los mortales?

Despues de santificar la sal, el sacerdote toma otra vez la actitud de mando; extiende la mano, y dirigiéndose al agua, dice: « Agua, criatura de Dios, te exorcizo en nombre de Dios ✠ Padre todopoderoso, de Jesucristo ✠ su Hijo y Señor nuestro, y por la virtud del Espíritu Santo ✠ á fin de que seas pura y santa, capaz de destruir el poder de nuestro enemigo y de derribarle en union con sus ángeles apóstatas. Por Nuestro Señor Jesucristo, que vendrá á juzgar á los vivos y á los muertos, y al mundo por el fuego. »

En seguida el sacerdote invita á los fieles á suplicar con él á Dios que se digne acceder á su demanda: *Oremos*, dice, y continúa de este modo: « ¡Oh Dios! que disteis al agua tan inmensas propiedades en favor del género humano, acoged favorablemente nuestras acciones, y derramad la virtud de vuestra bendicion ✠ sobre este

» elemento preparado por varias purificaciones; haced que ayudando  
» vuestros misterios reciba la eficacia de vuestra divina gracia para  
» lanzar á los demonios y curar á los enfermos; que cuanto sea con  
» ella rociado, así en las casas como en los demás lugares en que se  
» hallen los fieles, sea preservado de toda impureza y de todo mal;  
» que aleje de allí todo hálito pestilente ó corrompido; que descubra  
» los lazos del enemigo oculto, que disipe todo lo que pudiese haber  
» dañino para la salud ó el reposo de los que los habiten, y finalmente que la salud que pedimos por la intercesion de vuestro santo nombre nos sea conservada contra toda especie de ataques. Por Jesucristo Señor nuestro, etc. »

Durante estos exorcismos y estas oraciones el sacerdote hace varias veces la señal de la cruz para indicar que solo por los méritos de Nuestro Señor ha perdido el demonio su poder, y dejan las criaturas de sernos dañosas.

El sacerdote toma luego la sal con la mano derecha y la esparce por el agua en forma de cruz, pronunciando estas palabras: « Hágase la mezcla de la sal con el agua en nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo; » y los fieles por boca del acólito contestan: *Amen*: Así sea. Acto continuo reza el sacerdote una magnífica y tierna oracion por la cual suplica al Señor en nombre de la Iglesia que comunique al agua bendita todas las virtudes expresadas en las oraciones que anteceden; dice así: « Ó Dios, autor de un poder invencible y soberano de un indestructible imperio; que triunfais siempre gloriosamente, que anonadais los esfuerzos de toda dominacion contraria, que abatís el furor del embravecido enemigo, y que domais con mano fuerte la malicia de vuestros enemigos, os suplicamos humildemente, ó Señor, que mireis con benignos ojos esta criatura de sal y de agua, que aumenteis su virtud y la santifiqueis con el rocío de vuestra gracia, á fin de que por medio de la invocacion de vuestro santo nombre sea lanzada de los lugares que con ella se mojen toda corrupcion del espíritu impuro; sea desechado el temor de la venenosa serpiente, é implorando vuestra misericordia seamos siempre asistidos con la presencia del Espíritu Santo. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc. »

Estas oraciones nos manifiestan que debemos esperar cinco efectos del agua bendita: 1º. lanzar el demonio de los lugares que haya podido infestar, y hacer cesar los males que haya causado; 2º. alejarlo de nosotros, de los lugares que habitamos y de todo cuanto sirve para nuestros usos; 3º. contribuir á la curacion de los enfermos; 4º. atraernos en todas ocasiones la presencia y auxilio del Espíritu Santo para el bien de nuestra alma y de nuestro cuerpo; 5º. borrar los pecados veniales.

El agua bendita produce realmente estos efectos, y para ponerlo en



duda preciso es negar la historia eclesiástica desde la primera hasta la última página; preciso es acusar á la Iglesia como los Protestantes de supersticion y de error; preciso es considerar como otros tantos impostores é *imbéciles* á los hombres mas virtuosos y á los mas grandes genios que hayan brillado jamás sobre la tierra, como son Tertuliano, Orígenes, san Agustín, san Juan Crisóstomo, san Epifanio, san Jerónimo, san Gregorio, san Bernardo y tantos otros<sup>4</sup>.

Esto basta para justificar á la Iglesia, la cual hace uso del agua bendita en los hombres, en las criaturas, en los *muertos*, á fin de excitar en nosotros al derramarla sobre los que ya no existen los sentimientos de contricion, de caridad y de devocion que pueden aliviar sus almas; la cual rocia con ella cada domingo á los fieles y al templo en que asisten á los santos oficios, y la conserva constantemente en la puerta de la casa del Señor. Esto basta para justificar á los fieles, quienes, siguiendo los consejos de la Iglesia, no han de limitarse á tomar agua bendita en las iglesias, sino que deben llevársela á sus casas, guardarla cuidadosamente, y tomarla al acostarse, al levantarse y en otras muchas ocasiones del día, á fin de alejar de sí el espíritu de tinieblas, y alcanzar el auxilio de Dios en mil imprevistos peligros de cuerpo y de alma.

III. Aspersión del agua bendita. — Bendecida el agua, el sacerdote revestido con el alba y la estola rocia con ella á los fieles á fin de purificarles para que asistan al santo sacrificio con mayor atencion, inocencia y piedad. ¿Qué mas podríamos decir para inspirar la eficaz resolucion de no faltar nunca á la aspersión? Si durante la misa estamos distraídos, tibios ó torpes, ¿de quién es la culpa? ¿Hemos usado por ventura el medio que la Iglesia ha establecido para evitar tales defectos?

Llegado al pié del altar, el sacerdote entona este versículo del salmo L, *Asperges me: Me rociareis, Señor*, y el coro continúa: *Con el hisopo, y quedaré purificado; me lavaréis, y quedaré mas blanco que la nieve*. Como quizás ignoren y deseen saber muchos de mis lectores el por qué la Iglesia ha elegido estas palabras, y como por otra parte su curiosidad es laudable, vamos á satisfacerla. La Iglesia ha elegido este versículo porque expresa perfectamente los efectos del agua bendita; mas, ¿por qué el real Profeta dice: *Me rociareis con el hisopo*, y no con cualquier otra cosa? Por tres razones: la primera, porque el hisopo es un arbolillo cuyas hojas muy juntas y en gran número sirven perfectamente para retener las gotas de agua antes de la aspersión; la segunda, porque la propiedad medicinal del hisopo consiste en purificar y secar los malos humores, lo que lo hace un símbolo perfecto de la purificación del alma y del cuerpo por el agua

<sup>4</sup> Véase su imponente testimonio en Duranti, lib. I, c. 12.

bendita; y la tercera, porque la aspersión de la sangre del cordero pascual sobre las puertas de las casas, y la del agua que sanaba la lepra, se hacian con un ramo de hisopo.

Estas aspersiones eran simbolos de la aspersión de la sangre de Jesucristo, y por consiguiente era conveniente que la realidad se verificase por el mismo medio que la sombra ó imágen: durante la aspersión, pues, debemos considerarnos como el pueblo de Israel, cuyas tribus al pasar por delante de Moisés al pié del Sinai eran rociadas con la sangre de las víctimas, y pedir que nos rocíe la sangre de Jesucristo, la sangre de la augusta víctima, es decir, la aplicación de los méritos de su preciosa sangre, la única que puede borrar los pecados y preservarnos de todos los males.

Durante el tiempo pascual, es decir, desde Pascua á la Trinidad, se canta: *Vidi aquam: He visto salir el agua por el lado derecho del templo*, etc., pues enteramente ocupada la Iglesia en el Bautismo que se administraba la víspera de Pascua, ha elegido estas palabras para recordarlo á sus hijos. El templo sagrado, abierto por su lado derecho, es el Salvador, cuyo entreabierto costado dejó correr sangre y agua, emblema del Sacramento de la regeneración; secundemos, pues, las miras de nuestra buena madre, y solicitemos con ardor la conservación de nuestra inocencia bautismal ó su recuperación en caso de haberla perdido.

Después de haber entonado el *Asperges me*, el sacerdote reza en voz baja el salmo *Miserere*, y si deseamos obtener la purificación de nuestra alma, esforcémonos en participar de los sentimientos expresados en este cántico del Real penitente: de rodillas en el primer escalon, el sacerdote rocia el altar con agua bendita en tres distintos puntos; en medio, en el lado de la Epístola y en el del Evangelio; en seguida rocia el santuario y da la vuelta á este, con lo que se propone la Iglesia alejar de aquel santo y tremendo lugar al espíritu de las tinieblas, el cual, segun opinan los santos Padres, dirige todos sus esfuerzos á turbar á los presbíteros y ministros durante sus santas y tremendas funciones. El sacerdote se levanta, se da agua bendita á sí mismo llevando el hisopo á su frente, y luego bajando hácia la nave rocia á todo el pueblo; de vuelta al altar, invoca al Señor y le suplica que otorgue á la santa asamblea los efectos adherentes al agua bendita; la oración que reza dice así: « Oidnos, Señor santo, » Padre todopoderoso, Dios eterno, y dignaos enviar de los cielos » á vuestro santo Ángel para que conserve, fortifique, proteja y » defienda á cuantos se hallan en este lugar. Por Jesucristo Señor » nuestro. »

Esta oración, que ha llegado á nosotros al través de tantos siglos<sup>4</sup>,

<sup>4</sup> Sacram. Gelas., 238.



que ha pasado por los labios de tantos santos presbíteros y pontífices, que ha resonado en los oídos de tantos Santos, nuestros padres y amigos; esta oración que nos recuerda el poder de los Ángeles protectores, sus milagros de caridad, á contar desde Abraham y Tobías, y la asistencia del que vela en nuestra guarda; esta oración reúne todo lo necesario para llenar nuestro corazón de confianza, de alegría y de piedad. ¡Ojalá haga nacer siempre en nosotros tan santas disposiciones!

ORACION.

Dios mío, que sois todo amor, gracias os doy por haber establecido las bendiciones á fin de santificar á todas las criaturas; hacedme la gracia de que jamás me sirva de ellas sino por vuestra gloria.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, me esforzaré en asistir á la aspersion del agua bendita antes de la misa.

LECCION XV.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

Procesiones en general. — Rasgo histórico. — Procesion del domingo antes de la misa. — Division de la misa. — Significacion de esta palabra. — Primera parte de la misa; preparacion al pié del altar. — Relaciones que existen entre la primera parte de la misa y la Pasion. — Sentimientos que debe abrigar nuestro corazón.

I. Procesiones en general. — Terminada la aspersion empieza la procesion: mas, antes de asistir á ella, sepamos lo que vamos á hacer. La procesion es una marcha religiosa y solemne del clero y del pueblo, y es otro rito de la Iglesia católica que recuerda á nuestra mente la mas remota antigüedad: en todos los pueblos se han hecho procesiones; los Hebreos hacíanlas muy frecuentemente, y sabida de todos es la que hizo Salomon con una magnificencia digna de él para trasladar el arca de la alianza al templo de Jerusalem<sup>1</sup>, así como la del pueblo judío cuando fué al encuentro del Salvador, llevando en sus manos palmas y ramos de olivo, y cantando *Hosanna, Gloria al Hijo de David*; sabidas son tambien las que los mismos gentiles verificaban para la inauguracion de los juegos del Circo, y particularmente la de la ciudad de Autun en honor de Cibeles, famosa por haber dado ocasion al martirio de san Sinfiriano<sup>2</sup>.

Semejante antigüedad, semejante universalidad de las procesiones, ¿no prueba acaso que este sagrado rito es de institucion divina, y proviene de una revelacion primitiva? ¿Cómo podia nacer en el hombre la idea de que una marcha solemne honra á la Divinidad? Heredera de todas las costumbres y de todas las tradiciones santas é inmortales, la Iglesia al adoptar las procesiones ha reivindicado su herencia de los que la poseian, así de los Judíos como de los gentiles; desde su origen hizo en ella actos de propiedad, y verificó en las Catacumbas sus primeras procesiones, mientras esperaba el tiempo en que pudiera hacerlas á la faz del sol<sup>3</sup>; siéndonos fácil formarnos una idea del recogimiento y fervor de aquellas procesiones de cristianos, destinados la mayor parte al martirio, recorriendo á la luz de los cirios subterráneas galerías, en medio de los sepulcros de sus hermanos in-

<sup>1</sup> Exod. xvi; Judith, xv, xvi; Esther, iv; Joël, ii; Josue, vi.

<sup>2</sup> Respecto de las procesiones de los gentiles, véase á Brisson, lib. VII *De Formulis*, y las *Tres Romas*, t. III, *Descripcion del gran Circo*.

<sup>3</sup> Boldetti, *Osserv. sopra i cimiteri*, lib. XI, c. 16, pág. 529.